

MARCELINO FLÓREZ MIGUEL

CRUZADA,

LA FALAZ JUSTIFICACIÓN
DE UNA GUERRA

ESTE ENSAYO DEMUESTRA QUE EL
ARGUMENTO DE CRUZADA ES UN
«HECHO ALTERNATIVO», O SEA, FALSO.



Collage de José Antonio Elvira para la portada

Introducción

La guerra de España de 1936 fue una guerra civil internacionalizada desde el primer momento, incluso desde la preparación de la misma. Mussolini aprobó el día 1 de julio cuatro contratos con los monárquicos alfonsinos Antonio Goicoechea y Pedro Sainz Rodríguez para suministrar material de guerra a los organizadores del golpe de Estado y el día 15 dio la orden del envío de aviones a Marruecos, que servirían para el transporte de los primeros soldados a la península. Así lo reconocía Antonio Goicoechea en el *ABC de Sevilla*, el 6 de septiembre de 1936: «Mucho antes de que estallase (el movimiento) lo habíamos ayudado, cooperando con él con todas nuestras fuerzas».

José Giral, presidente de la República, pidió ayuda a León Blum la misma noche del 19 al 20 de julio, y este respondió afirmativamente el día 21, pero el día 25, después de pasar dos días en Londres, cambió de opinión. El presidente francés le dijo entonces a Fernando de los Ríos, encargado eventualmente de la Embajada española, que la ayuda solo podía ser privada o secreta. La división de pareceres en la opinión pública francesa y dentro del propio Partido Socialista, además de la influencia británica, condujo al abandono de la República española. El día 1 de agosto

Blum invitó a Gran Bretaña y a Italia a suscribir un Pacto de No Intervención, que terminaría firmándose el día 24 de ese mes. Se adhirieron veintisiete Estados europeos, todos excepto Suiza. Estaban incluidas Italia, que venía suministrando armamentos y tropas a los rebeldes desde el primer momento, y Alemania, que el día 25 de julio pactó el envío de ayuda militar directamente a Franco. También estaba la URSS, que desde finales de septiembre sería el principal, si no único, suministrador de armamento al Gobierno republicano español.

La No Intervención, aparte de ser una farsa, fue un motivo de conflicto permanente en el seno de la Sociedad de Naciones, indiferentes o enemigas estas, con la honorable excepción de México, y en el interior de cada uno de los Estados europeos. La propaganda jugó un papel importante y todos los sectores sociales se vieron envueltos en el debate. La Iglesia católica participó del conflicto en todo el mundo, aunque el protagonismo le correspondió a la Iglesia española. En este contexto ha de ser entendido el asunto que tratamos en el ensayo.

Cuando la Iglesia católica española calificó de cruzada a la guerra que el golpe de Estado del 18 de julio acababa de originar, apoyando de esa manera al bando rebelde, se inició un debate entre los cristianos europeos, un grupo de los cuales criticó con dureza la postura belicista de esa Iglesia. Destacó la postura favorable al gobierno legítimo de Emmanuel Mounier, pero también la de George Bernanos, simpatizante inicial de los rebeldes, que denunció la represión inmisericorde ejercida por estos en *Los grandes cementerios bajo la luna* (1938) y, sobre todo, destacó la más moderada, aunque decididamente contraria al espíritu de cruzada, de Jacques Maritain. Fue entonces cuando la Iglesia española se vio obligada a justificar su actitud, para lo que recurrió a los conceptos de martirio y de persecución religiosa.

El franquismo construyó una legión de «hechos alternativos» para justificar la Guerra Civil, utilizando la expresión que sigue Richard Ovenden en su obra *Quemar libros: Una historia de la destrucción deliberada del conocimiento* (2021) para referirse a los intentos de ocultar el pasado. El principal fue asignar el delito de rebelión o de auxilio a la rebelión al Gobierno legítimo y a todas las fuerzas políticas y sindicales que apoyaban al Gobierno del Frente Popular. Otro de los «hechos alternativos» fue definir la guerra como una cruzada contra el comunismo. Y es aquí donde los documentos y las bibliotecas han de venir en nuestro auxilio para reconstruir los hechos reales, o sea, lo que ocurrió y no la ficción interpretativa de lo que ocurrió.

La posverdad, como se suele denominar ahora a los hechos alternativos, ha regresado con fuerza en nuestros días a la batalla cultural que se libra en torno a la guerra de España y, concretamente, a la pugna sobre el concepto de cruzada. La Iglesia católica, desde que se inició el papado de Juan Pablo II, retomó esa idea y la concretó en la beatificación o canonización de los «mártires», o sea, de los millares de clérigos asesinados por grupos de milicianos republicanos.

Este ensayo se propone analizar el proceso de construcción del concepto de cruzada y del argumento justificador de la misma a través del proceso de introducción de los conceptos de martirio y de persecución religiosa. Para ello, hemos analizado los escritos colectivos del episcopado español, las intervenciones públicas de Vaticano y los escritos personales de algunos obispos. Hemos tenido en cuenta también las aportaciones de la historiografía.

Aunque se ha escrito mucho acerca de los conceptos que analizamos, es difícil encontrar la perspectiva cronológica o constructiva del argumento justificador de la cruzada, perspectiva esta que clarifica muy bien la veracidad o falsedad de la argumentación elaborada por la Iglesia católica. ¿Fue la cruzada un hecho

real o se trata de la justificación ideológica de una decisión? ¿Y los argumentos de martirio y de persecución religiosa responden a la realidad o se trata de ficciones interpretativas para justificar una postura tomada?

Contribuir a situar las cosas en la realidad, frente a los hechos alternativos, es el objetivo de este ensayo, con el auxilio de los documentos y de las bibliotecas, en el sentido en que lo expresa Richard Ovenden (2021) de que «la conservación de la información sigue siendo una herramienta clave para la defensa de las sociedades abiertas. Salvaguardar la verdad contra la proliferación de “hechos alternativos” significa capturar esas verdades y las declaraciones que las desmienten para tener puntos de referencia en los que la sociedad pueda creer y confiar» (p. 13). Para ello, seguiremos el método del comentario de textos, o sea, una lectura analítica y crítica de los documentos.

Este empeño tiene mucha importancia, no solo por razones, digamos, históricas, pues la cruzada fue durante mucho tiempo la principal justificación de la guerra de España. De hecho, cuando en la historiografía y en la sociedad se estaba produciendo ya un cambio interpretativo de la guerra, Franco seguía dando prioridad a esa interpretación: nuestra guerra fue «autorizadamente definida como Cruzada, la guerra justa por excelencia», afirmó rotundamente en su discurso de apertura de VII legislatura de las Cortes españolas, el 3 de julio de 1961. Y es que, aunque parezca mentira, el tema no está zanjado, como se puede comprobar si se revisan las actas de las Cortes del año 2020, donde grupos neofranquistas mantienen vivas aquellas interpretaciones ficticias de la guerra.

1. La construcción del concepto de cruzada

Los historiadores afirman que la jerarquía eclesiástica española no participó en la preparación del golpe de Estado. Los testimonios lo confirman. Remigio Gandásegui, el arzobispo de Valladolid, una ciudad muy propicia para estar al tanto de lo que pasaba, fue sorprendido en San Sebastián por la rebelión, terminó encarcelado por los anarquistas y fue rescatado por el nacionalista vasco Manuel de Irujo y por Alberto Onaindía, canónigo de la catedral de Valladolid y colaborador del arzobispo. Este, al relatar su rescate, escribe: «Más de una vez me dijo que para él fue una sorpresa total el levantamiento» (Onaindía, p. 183). Algo parecido dice Anastasio Granados (1969), biógrafo o hagiógrafo del cardenal Gomá: «Digamos, ante todo, que el cardenal no tenía noticia precisa del levantamiento que se preparaba. Su conocimiento sobre esto no rebasaba el del común de los españoles: rumores, comentarios con frecuencia contradictorios» (p. 79). Aunque el relato ofrece alguna duda, esta se disipa al comprobar que Gomá salió de Toledo hacia Tarazona el día 12 de julio y no regresó siquiera al día siguiente, cuando

se conoció el asesinato de Calvo Sotelo; o no «despertó», como diría Antonio Goicoechea: «Todo estaba preparado y designada la fecha, antes de la muerte del glorioso mártir. Pero el heroico sacrificio de Calvo es indudable que sirvió para despertar a los dormidos, avivar a los indiferentes y acallar muchos escrúpulos. Calvo Sotelo ha prestado a España, con su muerte, el último e inolvidable servicio: quizá la ha salvado» (VV. AA., 1980d, p. 29). Es evidente que los obispos no eran una de las bazas con las que contasen los conspiradores. Gomá permaneció en Tarazona, ajeno al conflicto que se avecinaba.

Sin embargo, y a pesar de no estar implicada, la toma de postura a favor los rebeldes del 18 de julio de 1936 por parte de la Iglesia católica española está también fuera de toda duda y se produjo desde el mismo momento del levantamiento, antes de que se conociese ningún asesinato de personas religiosas y, quizás, antes de que se produjese ninguno de esos asesinatos. La asignación a la guerra de un sentido religioso aparece también muy pronto en los textos episcopales y en las actitudes eclesiales. El mismo día 18 de julio ya debió de adquirir esta consideración y, desde luego, abundan los testimonios y los actos litúrgicos que certifican desde el día 25 de julio, como mínimo, el sentido religioso que la Iglesia dio a la guerra y su toma de postura.

Las primeras manifestaciones fueron litúrgicas y se prodigaron en toda la zona rebelde. En Valladolid, por ejemplo, el día 25 de julio se celebró una misa en la catedral «con el arma de caballería»; el día 7 de agosto hubo una «solemnísima función reparadora por las bombas arrojadas sobre el Santuario del Pilar»; y el día 24 otra por el «sacrílego atropello del cerro de Los Ángeles». Lo mismo había ocurrido en Plasencia, en Salamanca, en Zamora, en León y en otros lugares (Álvarez Bolado, 1995, pp. 43 y ss.). Don Marcelino Olaechea, el obispo de Pamplona, lamentaba no haber podido acudir el día 25 a la misa

reparadora que se celebró en la plaza del Castillo, «esa misa de la que me han dicho tales alabanzas, que su recuerdo quedará imborrable a todos cuantos la oyeron» (Álvarez Bolado, 1995, p. 39).

Los testimonios van también en la misma dirección. Don Daniel Fernández Gutiérrez, cura palentino, nacido en 1911 y formado en el seminario de León, que estaba destinado en las parroquias de Luriezo y Cahecho, en zona republicana, unos pueblos lebaniegos casi ocultos bajo la sierra de Peña Sagra en Cantabria, no se privó de cargar de referencias políticas favorables a los insurrectos su sermón el día 6 de agosto, según me contaba.¹ Abundan también los testimonios de los curas que tomaron las armas y se pusieron al frente de la lucha. Pura Ortega, hermana de un sacerdote destinado en Cuenca de Campos (Valladolid), me contaba² que la guerra sorprendió en esa población a un cura leonés, que era director de coro de la catedral y capellán de las Hermanitas de los Pobres, pero, además, era un activista del sindicalismo católico —«le gustaba trabajar con los obreros», dice mi informante— y había llegado ya al enfrentamiento directo contra las izquierdas leonesas en alguna ocasión. Al producirse la sublevación, se compró una escopeta en Cuenca de Campos. Uno de los primeros días de la guerra se oyeron tiros hacia la ermita del pueblo, y este cura, que también tenía preparado su traje de paisano, se puso el traje, cogió la escopeta y se situó al frente de un grupo que salió al encuentro de los que creían rojos avanzando desde el norte.

¹ Conservo dos grabaciones: la primera, del 28 de mayo de 1986; la segunda, del 16 de mayo de 1989.

² Conversación grabada del 3 de noviembre de 1986.



Teruel, 24 de febrero de 1938. El Tercio Montejurra
de la Primera Brigada de Navarra, saliendo
de la ciudad después de conquistarla.³

La historiografía está llena de relatos de curas y frailes que se apuntaron a la guerra desde el primer momento. Destaca, sin duda, el caso de Navarra con sus requetés, pero también el de Zaragoza, como ha mostrado Julián Casanova (2001, pp. 41 y ss.). Igualmente, Francisco Espinosa y José M.^a García Márquez han ilustrado con variados ejemplos la actitud belicista de muchos curas en el sur de España desde los primeros momentos (Espinosa Maestre y García Márquez, 2014, pp. 37 y ss.). Incluso un libro tan apologetico como es el de *Caídos, víctimas y mártires* (2008) de Vicente Cárcel Ortí (pp. 33-36) se ve obligado a reconocer ese hecho, sean

³ Fotografiado de *El País* (2006).

cuales sean las justificaciones que después hayan de buscarse. También Hilari Raguer (2017), monje benedictino y excelente historiador, en un artículo donde se esforzaba en afirmar una actitud poco beligerante del Vaticano ante la guerra de España, reconocía que «desde el principio todos los obispos de la zona donde al alzamiento había triunfado se adhirieron de corazón a él y lo ayudaron de varias maneras, pero discretamente, en espera de que el Vaticano se pronunciara» (p. 6). Ese posicionamiento era bien conocido por los republicanos y por el Gobierno. Indalecio Prieto, en un discurso que pronunció el día 9 de agosto, decía: «Sí, ya lo sé; ya sé que entre los grupos facciosos combatientes, galones y estrellas de jerarquía militar aparecen bordadas en las mangas de las sotanas; otra vez parte del clero español, impreparado para su misión espiritual, vuelve a evocar las páginas montaraces de nuestra guerra carlista y a traer, como un mensaje siniestro desde su tumba en tierra colombiana, el espectro del cura de Santa Cruz. ¡Qué vesania! ¡Qué insensatez!» (VV. AA., 1980b, p. 43).

Es, sin duda, una evidencia histórica que la Iglesia se adhirió al golpe de Estado desde su inicio y antes e independientemente de que se conociese cualquier asesinato de clérigos por parte de los republicanos. Las motivaciones habría que buscarlas en posicionamientos anteriores al golpe de Estado.

Muy pronto se pasó de las posturas inequívocas de la Iglesia a favor de los rebeldes, a la consagración religiosa de la rebelión. De modo que, aunque los militares golpistas habían despreciado en un principio el papel que podía jugar la Iglesia en la rebelión, enseguida vieron la utilidad del mismo y la guerra, inicialmente calificada por ellos simplemente de patriótica y anticomunista, iría adquiriendo poco a poco, también en sus discursos, la denominación de «cruzada».

En el ámbito eclesiástico, apenas iniciada la guerra, el término cruzada tendrá un sentido político bien preciso: el apoyo al

bando rebelde, donde la jerarquía y los fieles consideran que se defiende su religión. Ya hemos visto que actos litúrgicos a favor de los rebeldes se realizan desde el inicio mismo del golpe de Estado. La construcción del concepto de cruzada o guerra de religión también se hace desde los primeros días.

Probablemente, sea don Manuel González, obispo de Palencia, el primer alto cargo eclesiástico en usar el término en el espacio público, ya con ese sentido de adhesión al bando rebelde. El día 20 de julio en un artículo publicado en la revista *El Granito de Arena*, que editaba quincenalmente Acción Eucarística de Palencia, se escribe: «Es el grito que debe levantarnos a todos a la defensa de los intereses cristianos. La consigna para ello ya está dada por el Obispo de Palencia, llamándonos a la gran “Cruzada” que con el concurso de todo el que sienta por sus venas sangre cristiana y española será el remedio de la hora presente» (Iglesias Rodríguez, 1990, p. 162).

Poco a poco, se irá precisando el sentido religioso de la guerra. Un documento muy temprano, redactado por Gomá, según él mismo dejó escrito en el informe que envió al Vaticano unos días más tarde, pero firmado por los obispos de Vitoria y de Pamplona, conjuntamente, el 6 de agosto, utiliza de forma precisa la idea de guerra religiosa: «Vasconia y Navarra se han alzado en armas. En el fondo del movimiento cívico-militar de nuestro país late, junto con el amor de patria en sus varios matices, el amor tradicional de nuestra religión sacrosanta (...). Vasconia y Navarra llevan la marca gloriosa de la sangre derramada por Dios» (Gomá, 1998b, p. 683). También se encuentra la formulación de guerra de religión en el referido informe de Gomá del día 13 de agosto, donde escribe: «Puede afirmarse que en la actualidad luchan España y la anti-España, la religión y el ateísmo, la civilización cristiana y la barbarie» (Gomá, 1981, p. 376). Gomá no utiliza en ninguno de estos dos escritos

el término cruzada, pero afirma, sin lugar a duda, el sentido religioso de la guerra.



Cardenal Gomá. Peregrinación española al XXX Congreso Eucarístico en Cartago.⁴

El concepto había adquirido su pleno significado en una circular sin fecha, aunque publicada el 23 de agosto en el *Diario de Navarra*, del obispo de Pamplona, don Marcelino Olaechea, donde dice: «No es una guerra lo que se está librando, es una cruzada, y la Iglesia, mientras pide a Dios la paz y ahorro de la sangre de todos sus hijos —de los que la aman y luchan por defenderla y de los que la ultrajan y quieren su ruina— no puede menos de poner cuanto tiene a favor de sus cruzados». El texto

⁴ Wikipedia.